

obra del escritor, a la acepción que le infundieron los portavoces de la corriente nima, a partir de los años 60 irá adquiriendo un sentido que lo muestra emparentado al significado que de él nos brinda el materialismo dialéctico. Concreto será ahora lo temporal, lo que está sujeto a los influjos de la lucha de intereses contrapuestos, lo que reviste un valor ideológico; concreto será, en suma, el hombre inmerso en el trabajo, en sus fluctuaciones afectivas, en sus sueños y rencores.

«Mi desesperación consistía —declaró Gullar aludiendo a aquel momento— en que toda esa riqueza de la que yo me percataba, desfilaba ante mis ojos como una película sin que yo fuera capaz de sumergirme en ella. Comprendí que debía confundirme con la vida al precio que fuere, cosa que, hasta entonces, ya había evitado. Es el viejo problema de siempre: el arte nos da lo esencial pero excluye la vida. La vida, en cambio, nos arrastra en su caudal y nos dilapida en actos y hechos superficiales. Elegí: había que entrar en la batalla de la vida, ensuciarse las manos, arriesgarse a perder con los demás para intentar encontrarse como expresión de muchos. La posición de profeta, de mago o de genio no me agrada. Odio todas las formas de mistificación. Soy un hombre común, como mi madre, como mi padre, mis hermanos y mis amigos de infancia. Nunca me circundó ningún halo de divinidad. En compensación, la vida, aunque muchas veces dura y cruel, fue siempre fascinante. De ella nace mi poesía; de lo real y lo común, de las cosas banales, de la luz sucia y verdadera que hay en las cosas y en las personas. De allí nace mi compromiso social: de la necesidad de decir la verdad, de encontrar para mí y para los otros una felicidad real y no un sueño. La poesía y el engaño son incompatibles. En el mundo en que vivimos hay explotación y cinismo, y sobre todo la crueldad de los que insisten en mantener privilegios a costa de la felicidad de los demás»⁶.

Hay inicialmente, en esta nueva fase de la trayectoria de Gullar, un desfase palmario entre la transparencia de las nuevas inquietudes y la vacilación formal con que se las trata. El desequilibrio corresponde a un momento en que el poeta busca todavía el ángulo desde el cual abordar con eficacia el orbe argumental que comienza a descubrir. Hasta que este hallazgo se produce, *Dentro de Noite Veloz* presenta una serie de composiciones que interesan más por lo que denotan del proceso de crecimiento del escritor, que por el presunto valor que puedan adjudicárseles desde un estricto punto de vista literario. Es el caso de «Noticia da Morte de Alberto da Silva», empeñado en promover a la categoría de tema poéticamente trascendente, la desaparición de un ciudadano opaco y que importa, como dije, porque muestra hasta dónde ha llevado Gullar la redefinición de sus normas estéticas, encaminándose hacia una indagación de lo cotidiano que ya no parece primordialmente interesada en sus raíces metafísicas, sino en su núcleo ético, político y emocional. En un orden similar se inscriben «A Bomba Suja», atendible por tratarse del primer poema donde la identidad nacional irrumpe claramente y la tragedia del nordeste brasileño alcanza una proyección hasta entonces desconocida en la obra de Gullar; «Voltas para casa», que enuncia la conciencia de la

⁶ Estas palabras de Ferreira Gullar forman parte de un largo diálogo que mantuvimos en 1973 y que en febrero de 1974 publicó la revista *Crisis de Buenos Aires* (n.º 10, págs. 40 a 44).

propia enajenación como parte de una más amplia; «Poema Brasileiro», un testimonio dolorosamente irónico sobre la tragedia de la infancia en un medio miserable.

Este ciclo exploratorio, de tanteos poéticos, culmina sólidamente con la creación de «Meu Povo, Meu Poema» y de «Não há Vagas» donde un lenguaje ya maduro acusa el dominio formal del nuevo horizonte temático del escritor.

El precio del poroto
no cabe en el poema. El precio
del arroz
no cabe en el poema.
No caben en el poema el gas
la luz el teléfono
la falta
de leche
de carne
de azúcar
de pan.

El empleado público
no cabe en el poema
con su salario de hambre
su vida encerrada
en archivos.
Como no caben en el poema
el obrero
que frota su día de acero
y carbón
en los talleres oscuros

—porque el poema, señores,
está cerrado para los hombres:
«No hay vacantes.»

No cabe en el poema
el latifundista (¡y ni qué decir
del latifundio!)
Los especuladores
de inmuebles
los pensionistas
del café
los testaferros
de los trusts
—no caben en el poema.

El hombre
el hambre del hombre
la lucha
del hombre
la explotación del hombre
por el hombre
no caben en el poema
—dicen los poetas
—dicen los admiradores del poeta
—dice la policía

Sólo cabe en el poema
el hombre sin estómago

la mujer de nubes
la fruta sin precio.

el poema, señores,
no hiede
ni huele.

(Nao há vagas)

A partir de «Nãõ há vagas», zonas inexploradas de la vida urbana brasileña van ganando espacio e importancia en el repertorio de Gullar. Una franca apertura le permite al poeta sustraerse al silencio donde había naufragado su palabra. Gullar recupera el habla a medida que se abre al mundo que lo rodea con la óptica de un hombre urgido por el deseo de participar en lo que ve. Pronunciarse es ahora reconocerse como protagonista de una aventura colectiva. Concibiendo la poesía como instrumento de autoconciencia histórica, el escritor la empuñará para buscarse en el corazón de la comunidad, para extraer, de la índole de su relación con los demás hombres, la índole de su propia vida. En el cálido *nosotros* comienza a descubrir Gullar el camino de su mejor desarrollo.

Esta estética de la solidaridad le facilitará al poeta el abandono de sus viejas propuestas metafísicas. Poco importarán, a partir de este momento, las conclusiones antropológicas a que pueda arribarse desde la ortodoxia esencialista o desde una epistemología empeñada en privilegiar el reconocimiento de los límites de la razón pura por sobre las tensiones nacidas de los choques entre intereses económicos disímiles o las angustias y alegrías acarreadas por el ajetreo diario. Mucho más urgente será reconocer que no todos los hombres son iguales y que esa desigualdad, además de víctimas, cuenta con responsables y favorecidos.

Gullar se coloca, en este sentido, en las antípodas de Cassiano Ricardo. El laborioso autor de *Jeremías*, haciéndose eco de ciertas tesis existenciales, sostuvo que en la Era Atómica la vida individual es un hecho absurdo porque su preservación ya no depende de cada uno sino de los amos del mundo que decidirán por nosotros de acuerdo con criterios que ignoramos y que nunca contemplarán nuestras necesidades personales. En cambio, el poeta de *Dentro da Noite Veloz* dirá que no nos matamos porque aún cuando las bombas pendan siniestramente sobre nosotros, sentimos que la vida es nuestra; y la sentimos nuestra y la reivindicamos precisamente cuando advertimos que «*en esta jaula*» (el mundo) *están los que tienen/ y los que no tienen./ El hombre está atado a la vida y necesita comer/ el hombre tiene hambre/ y necesita comer/ el hombre tiene hijos/ y necesita criarlos*».

Estos versos de elemental sencillez, conmovedores por la transparencia con que dejan oír la voz de un hombre que va conquistando, una a una, sus verdades básicas, muestran hasta qué punto se ha transformado el escritor que en los años finales del 50 pudo identificar la poesía con ejercicios como éste:

FUEGO

hueso

DEL CUERPO

gruta

DEL HUESO

urna

DEL

hueco

ORCO

foso

DEL

cuerpo

Estamos, en suma, ante una nueva etapa y en ella el rasgo distintivo es la conciencia del yo como sujeto de una relación indeleble con los demás seres humanos. Esta relación puede tener, alternativamente, los atributos de un encuentro o las restricciones de un desencuentro, de conformidad con el papel sociopolítico, ético, cumplido por los interlocutores. La conciencia del ser propio es ahora conciencia de la realidad comunitaria del yo. Hay pues, una interdependencia recíprocamente configuradora entre el yo y el nosotros, en la vida personal y en la comunitaria, que termina por señalar al poeta las verdaderas premisas que no puede soslayar ningún intento de caracterización antropológica, sea o no literario. «Las Trampas» no tiene otra intención que recordarnos la necesidad de luchar contra los espejos distorsionantes que diariamente nos acechan con sus propuestas ilusorias:

*En el mundo hay muchas trampas
y las trampas pueden ser refugios
y los refugios trampas.*

*Tu ventana, por ejemplo,
abierta al cielo
y esa estrella que te dice: el hombre es nada
o la mañana hecha espuma en la playa
golpeando desde antes de Cabral, antes de Troya...(...)*

Gullar desecha, finalmente, las comparaciones de intención ontológica. Los paralelismos entre la eternidad y el devenir le parecen estériles. Ya no le prestan ningún servicio. La respuesta a la pregunta que interroga por el hombre sólo podrá ser hallada en el curso del esfuerzo dialógico. Pero de un esfuerzo dialógico que no pretende ser mera ratificación de una realidad irreversible, sino impulso a la transformación creadora tanto de quienes hablan como de aquello que los induce a hablar. El hombre es ahora un proyecto y es el reencuentro con sus raíces afectivas lo que le permite recuperar el amor a la vida. Más allá de los axiomas lógicos que nos condenan, más allá de las premisas metafísicas que nos encandenan al absurdo y a la soledad, está «*Tu hijo, ese bichito/ que no sabe,/ que ansioso se entaña en la vida y quiere/ la vida/ y busca el sol, la pelota, fascinado ve/ el avión e indaga, indaga.*»

El sentido de la existencia no proviene, pues, de una revelación verbal; no consiste en un veredicto sino en una experiencia práctica —la del ejercicio de la solidaridad: «*y no veo en la vida, amigo,/ ningún sentido, sino/ luchar juntos por un mundo mejor.*»

La solidaridad es el modo de llevar a cabo ese proyecto que somos y la palabra poética es el sitio y la forma de transparentar la necesidad y la urgencia de ese vínculo fuera del cual ninguno de nosotros llega a ser él mismo: